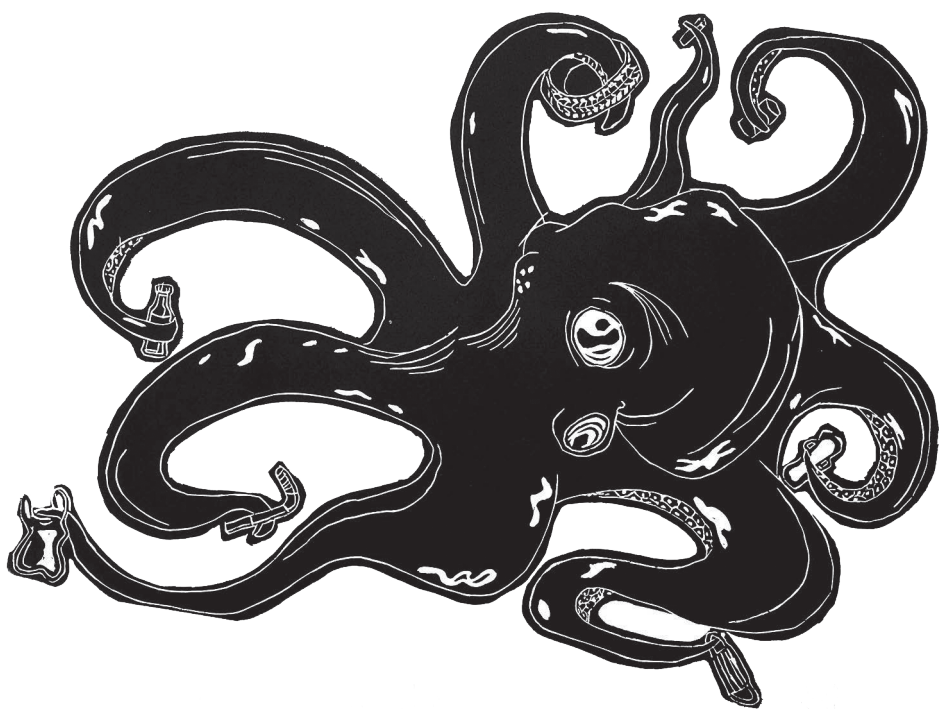


La Colmena *Pliego de Poesía*

ERICK RAMOS

NINGÚN PÁJARO SOBREVUELA
UN PUERTO MUERTO



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 122 ● Abril-Junio de 2024

PORTADA: *PULPOLLUTION*(2024). LINÓLEO SOBRE PAPEL ALGODÓN: KASH MARÍN.

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN EN OBRAS DERIVADAS.

MAQUETACIÓN: Francisca Miranda-Mendoza.

Pliego de Poesía, núm. 122, abril-junio de 2024, es una separata de **La Colmena**, que es una revista de publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx), Instituto Literario núm. 100 ote., colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000; teléfono: (722) 277 3835; página de internet: <https://www.uaemex.mx>; correo electrónico: lacolmena@uaemex.mx. Editor responsable: Jorge E. Robles Álvarez, Edificio UAEMITAS, 3er piso, Leona Vicario 201, Barrio de Santa Clara, C. P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel.: (722) 481 1800, Ext. 19311. ISSN: 1405-6313; eISSN: 2448-6302, y Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2015-060512014300-203, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR). Edificio UAEMITAS, 3er piso, Leona Vicario 201, Barrio de Santa Clara, C. P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel.: (722) 481 1800, Ext. 19311. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura de los editores responsables de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica en términos de la licencia aplicable.



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International (CC BY-NC-SA 4.0).

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México

Ningún pájaro sobrevuela un puerto muerto

*Este poema fue escrito en Hamburgo entre 2016 y 2017,
y lo dedico a la memoria de mi hermana Vanessa.*

*Wer mir aber durch Höhe des Wollens verwandt ist, erlebt dabei wahre Ekstasen des Lernens: denn ich
komme aus Höhen, die Kein Vogel je erfolgt, ich kenne Abgründe, in die noch kein Fuß sich verirrt hat.¹
Nietzsche, Ecce homo*

Ningún pájaro sobrevuela un puerto muerto.
Bajo la luz del degollado repta
la mar en su agonía, como cielo que arde
en parrilla de vagón descarrilado y todos
huyéramos del alma al son de un sonajero.

Nace la mañana de un portazo,
de un clamor hiriente de oreja, y el cañón del malecón
desentierra gaviotas del cajón de
la tierra y sus cementerios sin alma.

Inauditos los ángeles en la marcha de esta asimetría.
Se parecen al rayo que trae mosquitos y campanas,
collares de vértebras y sapos.
Muda en su caída la noche se va a otro
mundo, dejando en este su pezuña blanca.
Y sube la muerte a la torre como niño que
se lanza al seno de su madre y es oscura
la matanza de su apetito.

Con la madrugada en la entraña, dormimos
de costado para que el peso del sueño
caiga en una mejilla y en la otra
vuelen sin horizonte satélites de arena.

Velorios hay donde nace una luna
sangrienta, y los hay de lagartos y plumas
donde baila el demonio, donde hiere su termómetro
el calor de una polilla y se entierra
la tierra en la boca del amante.

Horrendos los dioses que ataron al lobo
la llama y la penumbra.

1 «Aquel que se me aproxime a la *altura* volitiva gozará del verdadero éxtasis inefable de la compresión. Porque yo vengo de las alturas vírgenes del vuelo de ningún pájaro y conozco abismos donde nunca se aventuró ninguna pisada» (Traducción de Enrique Eidelstein. *Ecce Homo/El anticristo*, Barcelona, Edicomunicación, 1999).

Mujeres hay al vuelo de sombríos techos,
dando a luz cuevas y petardos,
y en su crianza son coro de espuma de unas manos
intranquilas, y todas ellas crecen en los campos
donde crecen palmeras y esqueletos.

Que nos dejen los capataces cerrar
las ventanas. El día es un mar apagado y
allá abajo brilla un tajo en la orilla.

Huele, mujer, el agua de tus labios, y
solo témpanos cubren tu seno al mediodía, y en tus ojos
abrumados hay monedas y panoplias
que se nutren de tu tiempo de sueño y mariposa,
para que nos hundamos en la marea que lleva
sombras a la puerta del velorio.

Hermana, que las betarragas de tus ojos
se enciendan de amor cuando anochezca.
Que se desate tu alma como cabello,
fría energía de lámpara, y que vuelen hacia ti
meteoros que choquen y te den
amor estelar y homicida.

Eso es lo que sabemos y lo que ignoran
los pájaros que empollan la brisa, que
saben lo que hemos olvidado: que
hay puertos muertos que la tierra se traga
y que no hay mares imposibles bajo
la lengua del occiso.

* * *

¿Dónde deja sus huesos esa ave, si todo se ha
hundido en las llamas de los hornos domésticos,
en pozos de plomo que aguardan un tiempo de pluma o metralla?

Nadan en retahíla peces afiebrados,
capaces de morir por la navaja del pobre abriendo el ocaso
con la fatiga.

¿Dónde en este sarcófago hunde la mano su regocijo?
¿Qué campo hediondo reúne en el horizonte los restos
de esos pájaros agonizantes?

Moriremos bajo la neblina
de este invierno que hunde la garra en el ojo.
Su cacareo lejano y su penacho rojo
azotan la curva del horizonte.

Esta helada playa de túneles y minas.
Muerta corriente de acero.

¿Quién no se acobarda al dar las doce en
la torre de St. Nikolai, cuando niebla helada
interrumpe su piedra y la tierra es pequeña
en el puño de la noche, y su placa es relámpago
de otra madre?

Bella es la clara marioneta que
arde tras ventanales, ¡cómo brilla su sexo
como sable y vibra su párpado colorante!

Extraviados en el laberinto de la polea
bebemos y golpeamos
el pecho con las ramas secas
que anuncian, inauditas, la llegada de buques
perdidos y acechantes, porque los empuja hacia acá
el horrendo vacío que los mantiene a flote:
vientres de metal ruidos por tiburones y prelados.

Condenados estamos a ahogarnos entre matorrales,
a perder la cabeza en la guillotina de estas aguas, a merecer
la aridez de su sarcófago celeste.

Pero llegará el día, no importa cuándo, en el que
todo arderá y el temblor de las sienes
derruirá la sombra que la luna deja caer tras iglesias,
donde ratas carcomen tullidos santos.

¡Cómo de verdad este tiempo es el de los
siniestros! ¡Cómo es tan cierta la crueldad
del ministerio que creamos para el salario y la masacre!

Levantaremos muros y tendremos hijos que, en
tiempos de hambre, mataremos,
y se harán leyes para castigar al que anhele
en verso la sinrazón del universo.

Y seremos roca, caverna,
fuego en la tormenta,
y nos haremos monumentos para recordar que, alguna
vez, nos distanciamos del mono
y a él volveremos.

¿Dónde pues hace su nido la gaviota,
si todo alrededor es mercado, grúa y celaje?

¿Cómo identificar al polluelo en el
bombardeo atroz, en el escombros total del aguacero?

Queremos un rapaz sobrevolando las iglesias
y en toda ellas crucifijos de ladrones;
queremos en la fatiga un calor de selva negra y
en las fábricas camas sobre adobes.

¡Es ahí donde se crían los cuervos y van
al cielo a conectar cierzos y antenas!

¡Es ahí donde el amor es un martillo!

¡Queremos calma en el revés de los aviones
si todos habremos de caer al levantar vuelo las almas!

No pierde la tierra su olor a muerto ni
la piedra su alma, su
fisura y su semilla, su alto campo de tiro.

* * *

No se eleven los dioses, no se
salten este estropicio.
Falta hacen inmundas divinidades como la rata,
seres supremos escondidos que sepan
dormir como el pobre entre dos clavos.

Sí, temerosos, hechos de carne,
parecidos al hombre en el feto más profundo.

¡Miren el pueblo levantado!
Gente hecha de lluvia y resaca, hecha de manos
y dientes.
Sin dios que los parta ni rayo que los ame.

Miren la mujer que es pozo mismo de batracios.
Todo su ser es piedra labrada por cauces y besos.
Fruto del desierto que nos ha criado.

Miren los caballos que, de tanto correr, se han hecho viento.

Es el cuerpo cortado por diamantes y calambres,
por prismas de ojos solitarios, y el hedor
del cadáver cuando vive,
todo lleno de neblina abominable.

Todo esto trae un dios devorador,
una criatura horrenda y desdentada que nos abraza,
y en sus tumbas caben mares y alfabetos.

* * *

Se oye un silencio de refrigerador.
Te recordamos, hermana, metida en la noche,
estrella de distancia inaudita.

Viva, danza de sabana, entre saltos de intranquila lluvia.

Partida por un mar incandescente
donde llegan barcos cargados de homicidas, frutos
podridos y ratas.

Te sentimos venir sola, electrizada
en tu insomnio, terrible insomnio
de noche enraizada y cobriza;
bella, llena de olor y agua, a las orillas del fuego.

Hoja que cae y espera al borde de los rieles del tren que
lo azote la prisa del plomo
en ser hombre de pie y nostalgia.

Despegamos del suelo y pensamos en ti,
para mudarnos a otra niebla y deambular
entre luciérnagas, y convertir el cadáver en mar,
porque toda ola en su memoria es siempre polvo.

Vas así a la noche; lanzas al viento una cuerda, te elevas
y caes sobre la tierra, hecha luna.
Este casco humano cruza tu beso.

* * *

Seguro este tiempo es el de la muerte.
Tu cuerpo, en silencio, se extiende junto
a nosotros, sobre la arena. Y vemos
pasar fría antorchas de galaxias.
Severos números de radio talador.

Las piedras más grises de una noche que lagrimea,
que hunde su garra en el hielo de nuestro sueño.

Sí, este tiempo es el de la muerte.
Y no roe más el pulso tu sangre.

Tiempo del adiós, del retorno bajo lluvias,
del mosquito que el sol mata con su aletazo.

¿Pueden ver cómo arden los árboles?
Corazones vienen al encuentro de los pechos, y
hay alegría en la muerte; porque las muertes
sin resurrección, todas ellas, muertes que no mueven ni un dedo,

son las que nacen al alba; pero la tuya
echa a andar este mundo,
empuja la mañana y la deja reposar sobre los puertos del orbe.

Manda su olor a podredumbre un mar azotado y
vuelan sobre la espuma collares, legiones infames que
miden la marea con el hambre de sus hijos.

Así el hombre pasa también, y se resiste a morir
en su tarima, porque todo en él es adorno y pompa.

* * *

*Solo las olas solas.
Y el mar, que es roca infinita, y su cielo calmo
de batalla, arrasan los campos de esta noche.
Vemos alejarse una tierra de espanto,
una llama senil sobre iglesias,
centenares de estrellas arrugadas dando a un mismo infierno
y quemando las armas del hombre.
Este mar es un grifo profundo,
un completo corazón de reptil que se acristala;
este mar no nos toca, no.
Pero nos traga porque todo su amor es toda su ira.*

¡Oh, ese puente sobre el Elba!
Se ha cubierto de neblina y
no vemos sobre la piedra su lámpara hecha jirones.

Ese vapor es la madre, dejándonos
a solas al otro lado de la calle,
tapándonos la boca con puño muerto.

¿Quién puede decir a dónde va la nube?
¿Qué es lo que ignoramos de su paso, tan cercano, que
titubea, tiembla, retrocede a nuestro pecho?
¿Qué hace tan terso su quirófano?

¿Qué hay en la humedad de este siniestro
que nos amamanta y empapa, pues tanteamos
entre sus senos un jardín nocturno, y nos aquietamos
al abrigo de su extensa falda,
pues debajo latén vísceras de tróficos océanos?

*Hemos llegado de muy lejos.
Si se mirase hacia atrás, estaría ahí la huella
de lo andado.
Cruzando auroras con el alma seca y la lengua
desatada, lamiendo desiertos
y temblores, ratas abocadas al sol
o curvadas por el hacha del alba.*

*Vimos largos silencios y víboras;
cicatrices de cielo alto,
ciervos llevando al hombre a bordo de una llama,
donde muere entero el viento de perfil.*

*Conocimos el llano del espejo fijo en el agua,
que caía a chorros de las barbas del camello, repetido en vitrales
de templos, en inscripciones de lengua
materna, ovillados por el giro de un número olvidado,
donde hicimos la cuenta del meteorito.
¡Y era luz de repente la noche!*

La exacta curvatura del mineral, la exacta purga
de la carne, su eterna planicie sideral,
su demasiado alboroto, su distante clavo que duele.

Era todo ello un mar de tristezas, que por
dentro hacían agua.

Era un mar bordeado por inmensas noches de farol,
dando al cabo de los años con la puerta de los muertos.

Fue un viaje lento, fatídico, fatigoso, redoblante.
Fue la quimera, la fabulosa
explosión de la masa incierta cruzando siniestros.

El número perverso acercándose, el río que
se va viniendo. Dimos entonces con torres
inclinadas, encendidas a lo lejos, y
se nos cegó el impulso de beber, de
morder soles con el hueso.

* * *

Inmenso de ala a ala, va el pájaro sobre
ruinas y desiertos, mudando
la pluma sobre las últimas cenas.

El pájaro va, quiebra, rompe,
atraviesa y en el cielo se abre camino.

Desde su yugular, se atisba la muerte que destruye y habita la vidriera de una noche
torrencial,
un río glacial corriendo bajo la lengua;
terrenos donde un tiempo atrás hubo
pajareras y corrales.

Vuelto alto, allá donde
explora el mineral la muerte sola,
batiente entre lluvia o lobo.
Gira el ave, hacia su simple ira;

gira como campana que rueda por la piedra que atraviesa
lomas o senos.

Gira con plena conciencia de la muerte y el suelo,
de los puertos desovados, ligeros bajo neblina errante.

Gira el ave, gira y da brincos entre
nubes, entre rayos, gira
y se detiene, sin tocar tierra, en el mismo
punto donde se detiene la amante y en ese giro
rasgador quiebra la tiniebla en partes iguales.

Bajo la piel, degollador, encabritado
por el mar de la celda que, como toda
pena, es una semicircunferencia, radio
de todo lo que tragamos.

Allá arriba, el pájaro se aleja; asume su
don metafísico sobre la flama.
Pero el ave no es dios ninguno.

El ave es un dragón, un pez,
un corazón, un atentado; un vaso lleno, una lanza equinoccial,
luz o noche.

El ave ve y vuela y bajo su vientre
un puerto arde, tiembla
y cae pieza a pieza, mano amputada.

* * *

Universo atentado, el nuestro.
Así la vida, agonizando, vuela sobre
cadáveres buscando abrigo.

Y lejos hunde su pie la luz
de un planeta, perdido en telarañas,
en bóvedas de soledad donde cunde el fuego
y la matanza; penumbra que cae,
que emplea hielo para hablar,
guardando en el párpado cometas.

¿Quién ve al pelícano roer en su sueño
campos o petardos, levantar el
ala en señal de luto,
llevarse en las patas mundos deshojados?
Saurios devorando noches
con el trotar de su mano blanca.
Acechando sol o barco,
una paz en guerra.

Largo es el viaje de los que no vuelven.

Derrotero de la muerte el horizonte cruel
de lo lejano, que se abre dentro.

Así nos enseñaron los docentes horrendos
de lo santo y correcto.
La lengua como llamita apostólica sobre el cráneo hueco.
Atrás va el sol cayéndose y su
rayo es una curva que dinamita;
la sola, primerísima piedra que sujeta su ira es
una burbuja sobre la nada y sobre lo que es,
a su lado, serena danza de novicia.

Hemos de llegar, pronto, a la orilla.
Reptil flotando bajo nubes.
Lo sabemos porque gaviotas alocadas cunden de pánico
noche a noche, y se arrastran en el aire,
y acometen como espadas la muralla de los sueños.

Allá está; ahí es donde encallaremos,
en lengua y alma, entre muelles imantados
y arena que se tuesta a la sombra de un cadáver.

Se han hundido ya, muchas,
pesadas máquinas que paren, que derraman,
que hieden, que cortan un tiempo atenazado, con filas
de cabezas y severas soledades.

Véanas caer, a pedazos, triángulo, certeza, número clavado
al fondo de un pozo, cielo como caja en la sien.

Desmembrarse las ligaduras sobre las aguas,
las trompas trepidantes, brazos
de una calma que empuja.

Todas desatándose, chocando con fuego
la marea que las traga; y es un caldo negrísimo,
tibio, cargado de peces y espadas,
llanto crudo de cruces.

*Hoy no has muerto; hoy tu
soplo quema, dorado torno, anfibio,
volando a ras del sol;
hoy no. Hoy viva. Aquí.
Toda muerte es una muerte.
Todo maremoto es un mar remoto.*

*Así la noche, toda, trae del
subsuelo un cielo que nos tapa.
Lo mismo es tu tiempo, que me alcanza,
mariposa que regresa, terrenal, a la
forma de la espada que te hizo.*

*Has de volver, lo sabemos, porque
de regreso tu ida se trata, de un
rayo solar que dobla, ligero,
abrazadísimo a su curva,
y sentimos, bajo el pecho, que tu sombra
acecha la mañana; acecha prisionera
sin cuerpo, de una luz como una torre, donde
tu sueño ha crecido.*

*Viva estás. Viva como la nube.
Entre espejos que copian,
llena de fruto y ceniza.*

*Sería luego, tal vez, la muerte.
No hoy, no el día, la tarde, que te lance
al fuego, al campo extenso donde domine un alma entre hermanas
y rocas.
La muerte no te tiene; te llevó a otra habitación,
y te llevó sola, y la puerta entreabierta nos deja verte a lo lejos
de un mar, que un ave surca de nosotros a tu nombre,
celosamente.*

* * *

Raíces del pájaro, cortando el tiempo su ala feroz,
desmembrado, bisturí de lo que tiembla,
y es un corazón entre matorrales.

La muerte aparecerá ante nosotros
como tierra remeciendo.
Con su muro horizontal de penumbra.
Su gangrena hedionda de mañana.
Pero ya hubo días en que terminó
como parra que cae de árbol y tapa de bula papal a la muchacha.

No nos acerquemos al río; ha oscurecido
su corriente.
De lejos, veamos qué tan profundo ha caído la noche.
Qué tan hórrido el descalabro.
Qué ruido roto hace.

Altas aspas de motor despellejan nubes adoloridas.
Allá cae, estalla ladrillo a ladrillo, el peso aniquilador
que desova.

Esa es la figura del tormento, columpio entre guerras.
Tierra entregándose bestia.

El vapor de las piedras, nadando
en el viento, lejano y tendido
dentro de la voz.

Es, tarde, el golpe, cielo como suelo profundo.
Encendida carne, vemos
partir el océano, ser aguacero.
Blanco beso de muerto.

Algo ha hecho hervir esa piedra.
La ha tocado, algo que prende
del mundo, rayo o mujer.

Esa piedra muere.
Tontos de sotana la velan bajo sospecha, y
la piedra solo sabe que ha vivido.
Su vapor se lanza ciego al colmo de la torre.
Y así va, distante, la piedra caliente del corazón al idilio
nominal de la barbarie.

* * *

*Mujer, y hay otras islas.
Sol, criatura oscura, bullicio
de alma y caverna.
Pálpito alado.
Pero la vemos desnuda sobre la roca, acodada al viento,
en trance entre ser y tocar.*

*Distante pasa, y sobre ella una lápida,
detenida como entre montañas,
entre dos cumbres que cruzan la llovizna.
Pero vuelve a las torres, ocasos
sin tierra, sencillamente cielos, abismos.*

*De allá abajo, venimos de allá abajo.
Con su rótulo volado a dos
palmas, espejo que el desierto empala.
Abajo es la patria quemando: abajo es el cielo de
los que siempre abajo tienden una cama
entre cuatro piedras.*

*Aún la tierra, escenario cruel,
a esta hora encuentra su horno.
Y nosotros tocamos entera la gaviota
que sobrevive a la llama del sol,
todavía, y ha demorado la sombra por los campanarios, y ha
sido pájaro todo lo que ha sido viento,
así como el cielo es un vasto ojo humano.*

*Ya toda última, pluvial,
la región que conocíamos ya no es.
La del sólido dolor amadreado, que concibe diamantes
en el fragor de la noche. Simplemente*

*sobre la planicie, bajo la sombra del
árbol, entre dos ratas.*

* * *

Se ve el hueso.
Salir, doblar
el seso, su lunar que cavila,
metiendo los ojos en el profundo pozo del sol.

Cientos, rodeando una
brisa detenida, un eco muerto.
Legiones, campos, territorios:
todos arrimándose al pie del dedo acusador, al filo
de la bestia que pía.

Mares de huesos, ondulantes mares
de cañones, macizos muros o tempestades, huesos
hasta la sangre, hasta el rincón donde ha cruzado
el viento un portón secreto.
Huesos, pares e impares.

Iglesia bombardeada,
huella de guerra, abierta por fin a la luz.
Credo cómplice siglo a siglo de
clavos y fábricas, presupuesto homicida.

Ahora escuchamos, cercana, la
campana lejana de los difuntos.
Pero su trino no es llamado de dios, sino alarma:
los negros individuos del destino cruzan el sol a pie.

Nuestra muerte, la que nos toca,
ha de venir, y nosotros huiremos como pastor que dejó
su rebaño y cruzó a nado un río de hambre.
Sí, ella nos guía, por el sendero
animal; nos muestra el camino
por donde la rata brega, el
sendero nublado de los cactus tristes.

Y dijo ese dios: hágase el cuchillo.
Y se hizo a sí mismo, como noche.
Como pardo metal cortacielo.
Membrana de dedos grises.

Ese cuchillo habita
la tierra de plano a plano, abunda en el oído.
Conozcámoslo, sopesemos su vestido,
su rasgo vegetal y meridiano.
Su cercano carbón que cabecea,
su parco paso de río.

Hemos de cruzarlo, de darle al viento
su aletazo, su bofetada, silenciosamente
al lado suyo que se aleja.

Vendrá una nube, detrás de otra, y así el fuego
de la amarga curva que nos une
será un alba devorado: el cielo
de hoy no es el de ayer; lo parte
una cicatriz de ojos abiertos,
un miedo feroz de can y hombre.

Vendrá una lluvia, un torrente madrugador
de la tarde. Y será lluvia seca de tanto caer.
Comenzará un jueves y terminará en el mismo
instante en que un jueves también caiga la fecha
aquella, cuando águilas cabeceen de costado
la realidad delirante y una araña
se hunda para siempre en el sueño.

Oh, cómo llora la madre,
la que despega del sol y oscurece, la que
da a la ventana todo su
amor, la que cierra los ojos con la mañana.

Despertamos, hambrientos, al golpe del ganso,
que surca el río como si por él llorara,
buscando la lanza desinteresada de la mano en el
contorno de lo muerto.

El camino es infinito, desciende a lo largo
del hambre, y es lengua que penetra
en astilleros, mareas desoladas,
calderos color de otoño.

Caminar, solo caminar, mientras
la mañana inicia su herida en su lento agujero, y el
tieso sol ilumina el seso peso de la vena.

Hay piedras que al pie de la muerte callan.
Ríos jirones de niebla en donde se cocinan
mosquitos y muchachos.

Caminar, y más allá, hasta el final
del inicio, el cero musical del arma,
blindado cazador que atrapa niños
y es origen de la tierra, y es catástrofe absoluta,
y es tristeza que empuja el mar hacia el alma.

Muerto está el puerto prometido.
Hemos llegado al borde del río y solo
ranas tienden la piel sobre la roca,

y son esferas de dolor y maleficio,
órganos incandescentes.

Cadáveres todos de un tiempo mejor.
¿Es esto lo que buscábamos?
Aquí yace el sitio aquel de la alborada, panal
de abejas alocadas que muerden una sombra y
el domino del alba es la noche.

Corredores infinitos que se cruzan,
pasajes de escombros donde una luna aletea.

Como mujer incandescente
al final de lluvia,
presa de dolor y de diamantes.

ERICK RAMOS. Licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Doktor der Philosophie por la de Hamburgo, Alemania. Ha publicado reseñas y artículos en revistas nacionales e internacionales como *Casa de Citas*, *Iberoromania* y *Revista Iberoamericana*; y poemas en *Estación Poesía*, *Carátula*, *Revista Almiar*, *Nagari Magazine* y *Luvina*. Ha sido investigador, docente y ponente sobre literatura y violencia en Perú, Brasil y Alemania. Actualmente, trabaja como profesor de Español y Literatura Hispanoamericana para diversas instituciones universitarias de Hamburgo. Fue antologado en *Tránsito de fuego. Antología de poesía joven latinoamericana* (Caracas: 2009), y ha publicado dos colecciones de poemas: *Lengua de ciego* (Lima: 2013) y *Elogio del pájaro lira* (Lima: 2017); además de una novela: *Informe bajo tierra* (La Habana: 2016). Ha sido Becario del DAAD (2012-2016), lo cual llevó a cabo una investigación doctoral sobre el testimonio de violencia política en Perú, Guatemala y El Salvador. Es miembro hoy del Consejo Editorial de *Crisis & Crítica*.

Recibido: 26 de marzo de 2024

Aprobado: 30 de mayo de 2024



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM